



El saber ser es más que el saber hacer

El departamento del DECE alista para los profesores la mejor estrategia de comunicación, los mejores términos de empatía y la mejor actividad de interacción para grupos que ya se han formado en el aula, esperando que no sean antagónicos y anticipando las breves soluciones de competitividad entre ellos. Toda una artillería lista.

Por mi parte, tengo otro plan. Un plan que evita el etiquetar a mis alumnos y que posibilita el mejor acercamiento, sin estar pendiente de si la estrategia planificada hace su debut exitoso o no. Jamás estoy en contra de la estrategia que el DECE propone, solo que tengo mi propio método y ha funcionado con éxito.

Antes de impartir la clase está mi voz, que es la primera herramienta que pongo en el escenario. Una historia anticipatoria al inicio no adorna la clase, la prepara; es el fogón agradable donde los niños se acercan sin miedo. Un relato breve con conflicto y curiosidad baja la guardia emocional y dispone la mente de manera inmediata al desafío. Antes del número está la pala-

bra, antes del cálculo, la voz que nombra, que invita, que calma.

En el aula de Matemáticas se va a dar el tema del número PI. Entonces, antes de ser un maestro erudito en el tema del número PI debo incursionar en la fina oratoria; empezar a contar la historia con tal curiosidad y marcado conflicto, que inicie en los rostros de los niños un ambiente de escucha entre alumnos y profesor y viceversa.



Escuchar activamente implica respetar los tiempos del estudiante, reformular sus ideas, validar el intento, aunque el resultado no sea correcto.

"El rey Salomón era muy sabio. Dios le encargó construir una tina redonda, cuyas medidas estaban dadas en 10 codos de ancho y 30 codos de perímetro circular. No crean que ya en esos tiempos Dios ya tenía la fórmula de cómo

hacer cuerpos redondos. Bajo el sol acrisolado de una gran mesa de madera, Salomón, con rostro enjuto y lleno de barba blanca como el polvo de su taller, se decía que... pero algo no estaba bien...".

La clase ahora ha tomado otro rumbo. Solo veo miradas con mil preguntas. Puedo asegurar que los niños que huyen de las operaciones por miedo al error son los que más preguntan, los que más quieren participar.

Puedo dimensionar que el anzuelo consiguió su presa. Se estrena el momento reflexivo y concluyente de cada estudiante.

No importa que por hoy la clase terminara únicamente en relatos, que son incluso algo diferentes al tema planteado. Se asemeja a la paciencia de los camarógrafos que esperaron horas, días, semanas, hasta que el rey león en la selva cazara la tan esperada presa, y de hecho la tan ansiada escena filmada.

Iniciar una clase de Matemáticas con un cuento puede parecer, a primera vista, una licencia poética. En verdad es una decisión pedagógica. El cuento anticipador baja la ansiedad, conecta el contenido con la experiencia cotidiana, despierta curiosidad, crea un clima de confianza.

Antes de una división hay un reparto; antes de una medida, una construcción; antes de una suma, un deseo de compartir. El relato humaniza el problema y le da sentido, quita el error y lo convierte en una parte esencial para mantener viva una historia de muchas suposiciones.



El relato humaniza el problema y le da sentido, quita el error y lo convierte en una parte esencial para mantener viva una historia de muchas suposiciones.

Uno de los mayores obstáculos en matemáticas no es el error, sino la forma en que lo nombramos. Expresiones como "está mal" o "no entendiste" clausuran el pensamiento. En cambio, preguntas como ¿cómo llegaste a esta respuesta?, ¿qué intentaste hacer aquí? ¿qué otra estrategia podríamos probar? O si no, recuerda al Rey Salomón.

Así, a partir de una historia, el error es un objeto de análisis el error deja de ser fracaso y se convierte en relato incompleto; un relato de un posible continuará...

Enseñar figuras literarias en Lengua y Literatura es apasionante y lo haríamos desde el relato mismo. En este caso, un set de

comerciales en donde anticipamos el video del comercial publicitario, y con ellos desciframos la figura retórica en escena y el porqué del nombre con el solo hecho de repetir el comercial publicitario. Es fantástico el ambiente creado, no por el profesor sino por los mismos alumnos que tomaron la actitud de observar.

El diálogo no es un premio al final de la clase, es el método. Escuchar activamente implica respetar los tiempos del estudiante, reformular sus ideas, validar el intento, aunque el resultado no sea correcto. Cuando un niño explica cómo pensó, está desarrollando pensamiento lógico, lenguaje matemático y confianza intelectual.

Comunicar positivamente no es hablar más, sino hablar mejor. Enseñar lenguaje es enseñar a dialogar con los problemas sin miedo, a pensar en voz alta y a equivocarse con dignidad, porque cuando la palabra educa, el número o la palabra deja de intimidar.



Un relato breve con conflicto y curiosidad baja la guardia emocional y dispone la mente de manera inmediata al desafío.